

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LV

MADRID 31 DE JULIO DE 1921

NÚM. 19.497



MUCHAS veces, a hurtadillas de Eulalia, su madre se la quedaba mirando con tristeza. ¿Quién diría que aquella criatura, del tamaño de un parvulillo, acababa de cumplir treinta años? Muy proporcionadita, muy mona, con gestos y actitudes de muñeca, parecía arrancada del escaparate de un bazar. Ochenta y cinco centímetros media; ni uno más, pese al aditamento de tacones y plantillas de corcho en los diminutos zapatos. Una enanilla, en suma.

¿Cómo explicarse aquel caso de anomalía? Perfectamente normales los padres y los abuelos, no había memoria en la familia de otra anomalía semejante. Eulalia nació menudita, como tantos chicos que guardan, con excelente acuerdo, los alardes de desarrollo para después de haber penetrado en este valle de lágrimas. Creció sin novedad hasta los cuatro años. Y desde entonces, como si fuerzas extrañas y poderosas lo impidieran, no aumentó ni en un centímetro su estatura. ¿Qué era aquello? La sorpresa de los primeros tiempos trocóse en alarma. La madre de Eulalia, que envió a poco de nacer la niña, reconcentrando en ella sus amores, recorrió en triste peregrinación los más famosos médicos y hasta los curanderos de mayor nombradía. En vano. Frases ambiguas, palabras de consuelo, fundadas en que no se trataba, al fin y al cabo, de una enfermedad. En de-

finitiva, ese frío encogimiento de hombros con que la ciencia, igual que el empirismo, encubre su impotencia ante los casos que se salen de lo corriente.

La pobre madre lloraba y gemía, desesperábase. ¿De modo que su hija era un fenómeno? Una mujer microscópica, por linda y proporcionada que sea, no es una mujer. Vedados estarían para ella los goces de la vida de relación, el matrimonio, la maternidad. Hosco vacío produciríase en su derredor, como si de un leproso o un apestado se tratara. Era la desgracia, bajo una forma extraña e inhabitual, cerniéndose sobre un hogar que pudo ser venturoso.

Rara vez salían de casa, en coche, como escondiéndose, hacia lejanos paseos solitarios, donde la pública curiosidad no pudiera ensañarse con la infeliz. El aislamiento, y acaso su peculiar idiosincrasia, hicieron de Eulalia un sér huera. En armonía con su cuerpo, el espíritu de la enanilla permaneció infantilizado. Era una niña triste que no reía casi nunca, y dejaba transcurrir los meses y los años leyendo cuentos y narraciones de somera psicología y haciendo laborcitas para las muñecas, que seguían siendo su distracción predilecta, como si



viniese de este modo a satisfacer las innatas ansias maternales irrealizables para ella en absoluto.

Cierto día entró la madre en la habitación de Eulalia con un periódico en la mano.

—¿No has leído, nena? Mañana debuta una compañía de liliputienses. Traen caballitos enanos, cochecitos a su medida, y hacen mil habilidades, a juzgar por los anuncios. ¿Quieres que vayamos?

Y ante la afirmación de Eulalia, la buena señora sonrió satisfecha. Era un paso en el camino que se proponía seguir para que «la nena» saliese del marasmo en que vivía, de aquella abulia mortal que pesaba como losa de plomo sobre el corazón de la madre.

Día solemne fué para Eulalia el del «début» de los minúsculos histriones. ¡Cómo gozó, con qué entusiasmo! Aplaudieron sus manecitas las proezas de la microscópica «troupe». Alegre, animadísima, como renaciendo a nueva vida, comentó el espectáculo, imitó a los artistas, tuvo frases oportunas y felices ocurrencias. La madre, oyéndola, disfrutaba lo indecible.

—Es preciso que me lleves también mañana, mamáita...

¿Qué más deseaba la señora? Un día y otro volvieron al teatro. Como ocupaba siempre las mismas localidades, próximas a la escena, los artistas no tardaron en fijarse en aquella espectadora tan pequeña como ellos, que aplaudía sin cesar, sonriendo siempre. Pronto una corriente de simpatía, que era más bien solidaridad ante la condición idéntica, establecióse entre los liliputienses del escenario y su asidua admiradora.

Una noche, durante el entreacto, un acomodador aproximóse a Eulalia, invitándola a pasar al saloncillo «de parte de las señoras de la compañía». Sin consultar a su madre, Eulalia echó a correr, y no tardó en hallarse entre sus congéneres. Recibieronla todos con afecto sumo, refrendando la simpatía que antes de cruzar la palabra habíase establecido entre ellos.

Era una «troupe» cosmopolita. Las dos cupletistas, italianas; la «ecuyère», inglesa, un payaso, francés; el otro, yanqui; belga el alambrista, y los prestimanos, portugueses. El director, un alemán de luengas barbas, que parecían postizas en su tamaño infantil, tuvo para Eulalia frases halagadoras en español chapurrado.

—¿E la señorsita no tener habilidades? La madre se apresuró a responder que no. Eulalia, ruborizándose, dijo que, año atrás, cantaba romanzas italianas y tonadillas españolas.

—¡Oh, oh! Sería interesante oír eso.
Al volver a casa, Eulalia buscó los papeles olvidados e hizo a su madre recordar el acompañamiento. Sin atreverse a contrariarla, la buena señora obedecía, ocultando a duras penas su amargura. Ahora era ella quien estaba triste, barruntando... temiendo...

Días después, von Hoppe, el director, fué a casa de Eulalia para oírle cantar.
—¡Oh, oh! Brava, brava, señorita.

Siguieron frecuentando el saloncillo y los camarines de las artistas. Cierta noche, al salir del teatro, dijo Eulalia:

—¿No sabes, mamá? El director quiere que cante en la función de su beneficio... Dice que lo hago muy bien, y que me aplaudirán mucho...—Y como advirtiese un gesto de contrariedad en la señora, añadió: —Ya ves, mamá; se van dentro de una semana; es un favor que no debo negarle, puesto que tan pronto dejaremos de vernos...

La madre cedió, relativamente tranquilizada, ante la perspectiva del próximo alejamiento. Preveía un peligro que anhela evitar a todo trance. Vigiló a Eulalia incesantemente. Día y noche permanecía a su lado, procurando disimular su inquietud, tratando de inquirir hasta los más recónditos pensamientos de la niña-mujer. Nada pudo advertir que justificase la suspicacia en que se consumía. Celebróse el beneficio de von Hoppe. Cantó Eulalia, con gran éxito de aplausos y flores. Toda la «troupe» felicitó a la ar-

tista improvisada, despidiéndose de ella.
—¡Adiós, española!

—¡Hasta otro año, compañero!
Partieron. La madre, siempre inquieta, no observó pena ni contrariedad en Eulalia. Tímidamente le preguntó:

—¿No te entristece separarte de tus amigos?

—¡Oh, no! Ya nos volveremos a ver. Dicen que vendrán el año próximo.

Dos o tres días transcurrieron sin novedad. La señora iba tranquilizándose. Eulalia hablaba y reía, sin volver a su hosquedad de antaño. ¡En buen hora vinieron los liliputienses para alegrar los días de la triste! La madre consideraba infundados sus temores.

Pero una mañana, al entrar en la alcoba de la niña, no la encontró. El corazón de la señora dió el vuelco delator de las desdichas irremediables. Recorrió llorando la casa, sin hallar el bien perdido. Ni aun intentó requerir el auxilio de las autoridades. El suceso, por triste que fuese, estaba previsto por ella, y su corazón de madre supo encontrarlo fatal y hasta lógico. Junió a ella, en el mundo de los seres normales, la enanilla era un corpúsculo pagadizo y extraño. Entre sus congéneres estaba para Eulalia la vida, la felicidad, acaso el amor. La inadaptada volaba en busca de su ambiente propicio, como el pájaro que huye de la jaula en que se ahoga.

A. MARTINEZ OLMEDILLA

EL AMIGO FÍGARO

He aquí una profesión trascendental, la de los peluqueros y barberos, que ha impedido acaso que la humanidad haya regresado a la edad del antropoide; profesión, al menos, sin la que no pasaríamos quizás de una civilización de robinsones agrupados.

En nuestra vida íntima debemos habitualmente dedicar paciente atención a este personaje que viene a nuestro hogar con sus amables buenos días y armado de sus útiles de rasura y tonsura; o que nos recibe en su elegante accesorio sábados, vísperas de fiestas y siempre que nos plazca.

Desde que en nuestros años mozos barbamos hasta que nos afeitan el postrero día, para que vayamos presentables a la tierra, nuestra cabeza y nuestro semblante suelen ser atendidos con este misterio, con esta consabida faena de poda de tan primitiva invención.

El origen de los barberos y peluqueros se remonta sabe Dios a qué tiempos.

Tal vez el antropoide de Darwin, llevado de su ansia de selección y perfeccionamiento, se mondó espontáneamente, para distinguirse de otros...; acaso el mono (nuestro primo hermano, según Vogt), se afeitó un día con un pedernal, y surgió el hombre...

Pero, ciertamente, nada se conoce sobre el primer barbero.

Lo que está documentalmente averiguado es que en un célebre papiro se pinta ya la vida atareada que llevaban los barberos en el Egipto. En el Egipto no usaban barbas más que los dioses. Luego también se permitieron llevarla los reyes sagrados. En cambio, en Asiria, no se afeitaba nadie; mostrábanse tan sólo imberbes los eunucos; y eran las asirias unas bellas y decorativas barbas, en pequeños rizes iguales, a modo de greña, muy pulidamente cuidadas, como para que resultasen tan bien en la supergeométrica escultura de aquel pueblo artista.

Los griegos usaron la barba hasta el período macedonio, considerándola atri-

buto de virilidad, como los espartanos, quienes quitaban a los cobardes parte de la barba, ignominiosamente. Luego, en Grecia, con Alejandro y Aristóteles, se generalizó la moda contraria; y los atletas aparecen en los mármoles casi tan depilados como las Venus. Por aquellos días tomaron los barberos gran predicamento en Atenas y mucha significación social.

En Grecia, como en Roma, las barberías eran academias verdaderas, donde se

criticaba a algún filósofo con motivo de alguna cortesana; y se censuraban las bestialidades de Claudio y las liviandades de Agripina... Plutarco dice que los desocupados iban a las tiendas de barberos.

Roma se dejaba la barba.

Y también en el severo y jurídico Latín era signo de masculinidad, hasta que vino el muy severo Escipión, el segundo Africano, quien pasaba por el primer hombre que se hizo afeitar todos los días; y desde entonces, los romanos iban como los griegos, afeitados, aceitados y perfumados, haciéndose costumbre consagrar la primera barba a las divinidades, y celebrándose la fecha en que esto se hiciera con sacrificios y regocijos.

Luego se vieron césares con toda la barba.

La solemnidad adusta de aquellos emperadores, como la marcialidad de aquel pueblo de presa, exigían un áspero aditamento capilar con que imponerse al mundo, el cual, como los chicos, se asusta siempre de una cara peluda.

Julio César se mantenía imberbe de joven. Pero cuando el Senado le proclamó dios, se dejó la barba...

El emperador Adriano se la dejó crecer asimismo, no por dignidad celeste, sino por ocultar cierto defecto de su rostro; y todos los romanos, ya que no le podían imitar el defecto, le imitaron la barba, con gran disgusto de los barberos de la urbe. Los pueblos bárbaros, que necesitaban aparecer feroces para su condición belicosa, dejábanse toda la pelambre y rechazaban por instinto cuanto fuera lavarse y pulirse.

Conforme con el espíritu rudo de la Edad Media, en el siglo XII, laicos y clérigos llevaban el semblante barbado; mostrar pelo en la cara se convirtió en señal de nobleza, ya que sólo los nobles podían jurar por su barba; y grave afrenta era el afeitar a un hombre libre.

Al contrario, en la siguiente centuria, dejaron de usar barbas los nobles...; comenzaron a tenerla burgueses y artesanos, y, al fin, un siglo más adelante, iba afeitado todo el mundo...

La democracia se refugiaba ya en las barberías.

Por tales épocas, barberos ambulantes

tocaban una trompeta y plantaban su tienda portátil en cualquier sitio de las calles y plazas (y es posible que algún rapabarbas de hoy, que improvisa en el pintoresco Rastro de Madrid efímera tienda, con una estera y unos palitroques, sea descendiente directo de aquellos medievales).

Figaro, barbero de ópera, jovial, aventurero, con su guitarra a la espalda, recorría España, en el siglo XVIII, filoso fando y haciéndole la bamba al país.

Los peluqueros tenían por aquel tiempo bastante más que hacer que los actuales, porque entonces los hombres se rizaban, se empolvaban y se aromatizaban con la minuciosidad más detenida; las mujeres usaban peinados complicadísimos y desmesurados, verdaderos monumentos de pelo; y un buen artista de peluquería se estimaba en mucho.

No sólo debían ser los de aquellos días buenos peluqueros, sino perfumistas, drogeros y aun cirujanos, albitarres, herradores, dentistas; y sacristanes y maestros de escuela si fuese preciso; y entos enciclopédicos y habladores, que mientras ejercían su ministerio explicaban la cuadratura del círculo y hasta la redondez del cuadrado.

Había hombres ingeniosísimos en el gremio. Recuérdese a aquel que tenía por muestra de su peluquería—los peluqueros eran, propiamente, fabricantes de pelucas—la figura de Absalón, hijo de David, sujeto por el magnífico y famoso pelo a las ramas de una fatal encina, cuando huía de Jonab. Debajo, se leían estos versos:

Ved aquí al pobre Absalón
suspendido por la nuca;
otro gallo le cantara
si hubiera usado peluca.

Estos versos, de autor anónimo, fueron muy celebrados, y copiados en innumerables peluquerías.

El «floy no se fia, mañana sí», remeda a los barberos franceses del XVIII, los cuales escribían: *Demain on rase gratis* (Mañana se afeitará gratis).

Finalmente, las peluquerías y barberías inglesas ostentaban avisos al público, prohibiendo escupir, manosear las herramientas, hablar de degollados y olvidar la propina...

El peluquero es, por lo general, ciudadano afable, zalamero, cortés, comunicativo, que, mientras cuidadosamente nos toma el pelo, nos informa de toros, de política, de sociología, de todo en absoluto, con mucha profundidad y baratura.

Me acuerdo de un grabado antiguo en el que aparece un pacienteísimo parroquiano, sentado, con el paño al cuello, espumada la cara, y en lo que de ella se ve, un gesto inquieto, de cómica angustia; mientras, el figarillo, retirado del cliente, blandiendo la navaja como espada gloriosa, narra una acción notable. No afeita el hombre, no da importancia a la molestia del jabón y de la postura del otro, no atiende a lo que debe; pero Serrano ha propinado una descomunal paliza en Alcolea...

El barbero es siempre, con su abundante parla, el depositario de noticias, el correo del barrio; proverbial se ha hecho su desenfadada facundia, que cierto barbero confesó plena y noblemente, con este cartelillo: *Afeitó de prisa y sin hablar*.

El hombre del yelmo de Mambrino a la puerta, sabe, en fin, a pesar de la profusión actual de navajas, máquinas, peines de cortar el cabello, y sindicatos, mantener decorosamente su negocio, cada vez con más lujo y refinamiento.

El oficio es toda una institución importante, acaso trascendental: coadyuvando a la teoría de Darwin, contraria a Rousseau, a Saint-Pierre; conforme con la teoría de la higiene... cuando las barberías son higiénicas.

José BRUNO

MOTIVOS LÍRICOS

Caminábamos.

Parecía la misma senda
la que tomábamos los dos;
quise cruzarla de tu brazo
bajo la caricia del sol.

Al empezar nuestro camino,
la blanca senda se quebró,
y allí quedó roto el ensueño
de nuestra peregrinación.

Mas no ando solo; va conmigo,
como un fantasma, mi dolor.
¡Este dolor de amarte tanto,
sin la esperanza de tu amor!

Soledad.

Es el viento, sólo el viento
quien recoge mi canción;
tu recuerdo es un sangriento
broche de mi corazón.

Tus besos, ¿adónde fueron?
Tus caricias, ¿dónde están?
Para siempre se perdieron
y ya nunca volverán.

Caricias, amor, ternura,
todo, todo se ha perdido.
¡Qué frío en el alma inerte!
Dios perdona tu locura,
la locura que me ha herido
con una herida de muerte.

¡Lejos!

Tu pureza era tan limpia
como la nieve más alta,
y lo mismo que la nieve
era de blanca.

Tu voz tenía el encanto
de la voz del ruiseñor,
y era tu voz un tesoro
como su voz.

Y en tu alma mansa y amable
como la Verdad y el Bien,
había un altar de lirios
para mi fe.

Pureza y voz y alma tuya
de mi huyeron sin piedad
Tan cerca que tú y yo estábamos...
¡Tan lejos que estamos ya!

Noche.

Huyó la luna, y en su huida
se llevó las estrellas pálidas;
se hizo la noche tenebrosa,
se hizo la noche de mi alma.

En tus ojos había burla,
en los míos había lágrimas!...

Guirao HOMEDES

MONASTERIOS ESPAÑOLES

ZURBARÁN EN GUADALUPE

INOLVIDABLE impresión la que recibe el viajero al llegar a la cumbre de la sierra guadalupense. La abrupta cordillera Oretana parece abrirse allí en una explosión de lujuria. Las Altamiras picudas, con su crestería rocosa, festoneada de caprichos mitológicos, como una montaña de leyenda por donde hubiera de desfilarse la cabalgata de las bravas Walkyrias. Las Villuercas, desbordantes de vegetación, una vegetación prolífica y cálida como la de los trópicos, desmenuada en cataratas por las laderas, precipitándose hacia los ríos ocultos, sombreando el zig-zag de los caminos estrechos, casi cegados por los jaramagos y las retamas, estos caminos que se graban en el verdor espeso, implacable y tenaz de la colina como largas y desvanecidas cicatrices. El Guadalupe silencioso, modestamente escondido en la profundidad de la barrancada, deslizándose sobre la blandura del lecho alfombrado de suaves y sedosas yerbas, bajo el dosel de los sauces despeinados, los álamos temblones, los abetos gigantes. Aquí, la sierpe de la carretera desmayada en una pendiente inverosímil, erguida después en una ascensión vertical, perdida luego en un desfiladero inabordable. Allí, la maravilla de unas grutas de país de ensueño, las fantasías pimpantes de un stereo florido, la vega ubérrima y sucumbiente, el valle pelado, la meseta empinada, la cueva siniestra perforando la mole montañosa a la manera de una caverna primitiva... Y, por fin, sobre la falda de esta cadena de montes desiguales, vergeles sublimes, bosques magníficos, llanadas solitarias, canteras aterradoras, en un sitio donde el variado panorama semeja converger, fatigado de tanta prodigalidad, la silueta multiforme, incongruente y paradójica del Mo-



COLOCACIÓN DE LOS LIENZOS DE ZURBARÁN EN LA SACRISTIA DE GUADALUPE

Alfonso XI prevenidas contra los beneméritos, en tanto el fogoso monarca distraíase de sus ímpetus bélicos con aquella famosa y perturbadora doña Leonor de Guzmán. Quizás por el claustro mudéjar pasee todavía el venerable prior Fray Fernandíñez, repitiendo su divino reto a la Virgen de Guadalupe: «Mi señora santísima: yo quiero ver por cuál de los dos queda. Vos a traer y yo a gastar.» Posible es que los intrépidos aventureros extremeños, de regreso de El Dorado y Nueva España, vengan a postrarse ante su virgen protectora. Posible es...

Pero dejemos descripciones prolijas y recuerdos históricos, ya demasiado marchitos con el frío de seis siglos, para admirar un momento la obra de Francisco de Zurbarán y Márquez, recogida con respetuosa veneración en la sacristía principal de la iglesia mayor del monasterio.

La citada sacristía es, sin disputa, una de las joyas más preciadas de Guadalupe. «Nada falta; no hay cosa alguna que sobre — dice el historiador Padre Acemel —; todo está en su propio lugar, sin que pueda ser trasladado ni reemplazado por nada; allí, no sabemos que desentone cosa alguna; por eso en su recinto el alma goza y descansa.»

El jaspe gris azulado de los zócalos, la severa ornamentación de las columnas toscanas, pintadas al estilo pompeyano; las bóvedas sencillas, en cuya concavidad lucen unos hermosos frescos de la vida de San Jerónimo, imitando la técnica de Zurbarán; las elegantes cajoneras de nogal, empotradas entre el basamento de las columnas; los espejos biselados envueltos en ricos marcos de cristal de roca; las cornisas y los medipuntos, decorados sobriamente, sin romper la armonía arquitectónica, forman un conjunto admirable, sensato, justo, preciso, inalterable, con los

ocho grandes cuadros del maestro extremeño pintados allí, instalados por él, entonados con arreglo a las luces, capacidad y condiciones de la singular sacristía. Los biógrafos de Zurbarán, sin poner-

se de acuerdo, barajan unas fechas, un tanto confusas: Nació en 1598. Empezó a pintar a los diez y seis años. La «Inmaculada niña», (que se cita como su primera obra seria), data de 1616. Hizo el retablo de la catedral de Sevilla en 1625. En 1629 pintó varios cuadros en el convento de San Pablo. Enviudó en 1639. En 1650, por orden de Felipe IV, le llamó Velázquez a la corte. Murió en Madrid en 1664. Cascales y Muñoz, en su obra «Francisco de Zurbarán», apenas se refiere a la estancia del gran pintor en el monasterio de Guadalupe. Acaso fuera a Guadalupe desde Llerena, donde debió vivir después de 1625, hasta que reclamaron su presencia en Sevilla los frailes de la Merced. Quizás antes de su primer viaje a Madrid, y quizás también de regreso de este viaje, que algunos historiadores sitúan en el año 1637.

Sólo en tres de los cuadros hemos visto la fecha: «La misa del Padre Cabañuelas» (1638), «Mercedes divinas del venerable Padre Salmerón» (1639) y «Retrato del Padre Gonzalo de Illescas» (1639). Fechas que ratifica en los dísticos latinos que acompañan a estos cuadros, el obispo de Canarias Fray Juan de Toledo.

Las obras de la sacristía, según la inscripción que figura en la misma sobre los ventanales, fueron comenzadas en 1638 por el prior Diego de Montalvo, y continuadas hasta 1647 por los Padres Martín de San Jerónimo y Ambrosio de Castellar.

Por estas coincidencias y por el buen aprovechamiento de la luz, en unos, ladeada, oblicua y tenue; en otros, de frente, vigorosa y rutilante, se deduce que Zurbarán, no sólo los pintó allí, sino que dirigió su instalación.

¡Y con qué entusiasmo ascético, con qué fe religiosa, con qué profundo sentido místico y conventual están retratados los Jerónimos de Guadalupe!

Como el Greco en el «Entierro del conde de Orgaz» funde en su espíritu todo el misticismo de Toledo, y Berruguete en sus esculturas de Valladolid refleja toda la robusta raigambre castellana, Zurbarán en los lienzos de Gua-

dalupe resume el ambiente claustral, entre divino y naturalista, imaginativo y fastuoso, de este monasterio y de estas tierras.

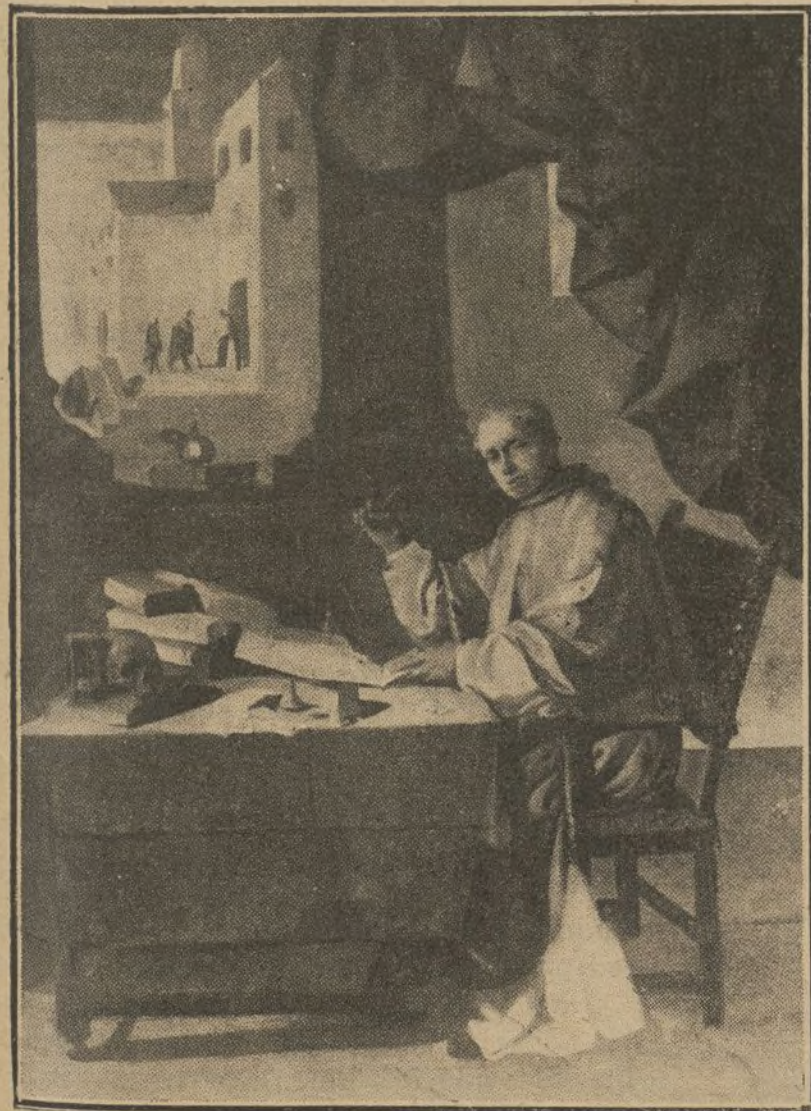
La dualidad de su temperamento, forjado en las enseñanzas de Caravaggio y en el ascetismo de la escuela española, encuéntrase muy bien acomodada a esas escenas de los frailes Jerónimos representadas en sus cuadros en el momento en que los frailes de Guadalupe comenzaban a dejar de ser hombres y todavía no eran del todo santos.

La brutalidad de Caravaggio, el amador de yeso, su ferocidad naturalista a lo Zola, sus violentos contrastes de luz, hallanse atenuados, dulcificados y ennoblecidos en la obra del genio extremeño, a tal punto, que en algunos de sus cuadros de Guadalupe adviértese cierta complacencia en recordar las delicadezas de los fondos y paisajes venecianos.

Pintando a los Jerónimos, Zurbarán llegaba al éxtasis divino. Después, en un detalle decorativo, en cualquier minucia realista, surgía otra vez el pintor humano, el artista sensual y fecundo, desposeído de la hopalanda monacal.

En ese mismo ya citado retrato del Padre Illescas hay como un antagonismo entre la figura divinizada y humilde del prior y la profusión fastuosa y elegante del fondo, con sus palacetes italianos, sus personajes anecdóticos, diminutos, sus ricos paños al modo del Tiziano, las representaciones simbólicas, su técnica recia e inconfundible.

Y yo he pensado si Zurbarán, hombre de ímpetus varoniles, al viajar por los climas del misticismo religioso en los claustros de Guadalupe, no evocaba también la magnificencia de aquel lujoso santuario.



FRAY DON GONZALO DE ILLESCAS, CUADRO DE ZURBARÁN, EN GUADALUPE



JESUCRISTO PREMIANDO LAS MORTIFICACIONES DEL PADRE SALMERÓN, CUADRO DE ZURBARÁN

nasterio, a la vez convento, sanatorio, fortaleza, palacio real, abadía, catedral y presidio.

Por su anchurosa plaza de armas ha de parecernos encontrar a las huestes de

Porque Guadalupe, ya hemos dicho que es como los cuadros de Zurbarán: convento, fortaleza, abadía, castillo, catedral y palacio.

GH FILLOI

LA MUJER FILISTEA

No, no se ha levantado todavía... ¡Ay, respiro! ¡Traía un susto! Y eso que ¡algún día se tiene que enterar! Además, no parece sino que el ir a misa sea pecado... Y sobre todo, que ya va siendo mucho cuento lo de estar toda la vida encerradita en casa. Bueno; voy a quitarme el velillo y a guardar el devocionario, no me vea así y tengamos trifulca. Tampoco es cosa de buscar las cuestiones sin más.

¿Eh?... ¿Ya? ¿Qué oigo! ¿Tan temprano? Abriré el balcón a ver. Lo malo es que voy a hacer ruido y se va a despertar. ¡Atisbaré primero en la alcoba. ¡Vaya por Dios y cómo suenan estos zapatos! Nada, está roncando. ¿Eh? ¿Otra vez! ¡Ahora se le oye más cerca!... Ya decía yo que no era hora todavía. Es el traperero. De lejos, y así al pronto, se confunden los pregones; pero no se pagan.

¡Qué lástima! Se va a despertar antes... ¡Ja, ja, ja, ja! Pues señor. ¡Cualquiera

que me viera en esta postura! Debo de parecer una equilibrista o una bailarina de puntas ensayando un paso nuevo. ¡Estos zapatos chillan de una manera que toda precaución es poca!

¡Ajá! Aquí, sentadita, le oigo a poco que se rebulla en la cama, y estoy atenta al mismo tiempo a los pregones de la calle. Entretanto, acabaré de hacerme el sombrero. ¡Vamos, que también es mucho esto de que tenga que estar jugando al escondite para la cosa más sencilla! Lo que es hoy, ¡se me ha quitado un peso de encima! La verdad es que eso de confesarse está pero que muy bien. ¡Se queda una tan a gusto después de haber contado todo, todito lo que tenía dentro!

¡Je, je! ¡Hubiera yo querido ver la cara del Padre! Porque como estaba tan oscura la iglesia, no había medio a través de la mirilla del confesonario. ¡Y eso que le había preparado la presidenta de las Reformistas! Pues ¡nada!, que no me quería creer. ¡Como que todavía no estoy yo muy segura de haberle convenido! Mire usted, Padre, que él dice que no es la primera vez que ha sucedido; es más, que a él no se le hubiera ocurrido, a no leerlo en unos libritos que tiene de historias muy antiguas, de donde saca muchas veces los asuntos y los... ¿cómo les dice? ¡A que no me acuerdo ahora!... Los... ¡los atributos!, eso es, los atributos de las estatuas que hace. Pues el bueno del Padre, que no me había de creer. «Esas son mitologías de paganos.» Que no, Padre; que le digo a usted que es verdad, que yo no tengo padre ni madre ni cosa que valga; que yo no he conocido más mundo ni más nadie que el hombre con quien vivo. ¡Que le digo a usted, Padre, que es la pura verdad! ¡Le debo la vida! Estará mal que él me lo diga a todas horas; pero le debo la vida.

Mire usted: él dice que hasta entonces no había creído en eso que llaman la inspiración; que esculpía y modelaba lo que había aprendido en la academia; y nada más. Ahora que, eso sí, él sentía una comezón, una comezón... No, Padre, no; mi hombre no es un materialista, como usted cree; tiene sus defectos, me da muy mala vida; pero un materialista, no; a cada cual lo suyo. Ya ve usted, podía, como tantos otros, haber tenido cuantas mujeres quisiera. Ya sabe usted, Padre, cómo anda todo y lo que es el andar rodando por talleres y estudios. Pues a mi hombre, nada: que no le gustaba ninguna. Y de esta modelo

como el pie; de aquella, la mano; de la otra, la cabeza clásica (bueno, usted de esto no entiende, Padre); de la de más allá, la línea; mi hombre fué haciéndose un ideal, que ninguna mujer de carne y hueso llenaba. Y así nací yo.

¡Jesús! Nunca lo hubiera dicho. ¡Lo que se enfadó el bueno del Padre al oírme tal! Que si esas son cosas del demonio tentador; que si no hay obra más perfecta que la de Dios; que estaba condenada y más que condenada en manos de ese hombre. ¡Qué sé yo!

¡No gano para sustos! Me quitaré los zapatos para meter menos ruido... Sigue en el quinto sueño... ¿Eh? Ahora sí que me parece que oigo al... No, tampoco; es el de los buenos tiestos de clavés dobles.

El sombrero va a quedar muy bonito. Estoy segura de que cuando me lo vea puesto se le olvidará esa manía de que he de ir siempre a pelo. ¡Tengamos si no la de...! ¡Vamos! Estaría bueno que yo no me hubiera vestido nunca. ¡Pues erre que erre y que había de andar desnuda; que no cedió hasta que a poco si me las guillo de la gripe que atrapé! Y es que algunas veces, yo creo que se le figura que sigo siendo de mármol, que ni siento ni padezco. Otras, en cambio, se queja de que no tengo corazón. Y la verdad es que... no me late. Por más que me pongo la mano, no siento la menor palpación. Mejor; para lo que dicen que sirve...

¡El es! ¡Cómo! ¿Tampoco? Pues ahora ya tarda. ¡Cuándo yo digo que se va a despertar hoy antes de que pase! No, no es. Ya lo oigo claro: «Requesón de Miraflores de la Sierra.»

¡Ay, qué vida esta! Después de todo, ¡quién sabe si sería mejor para mí no haber salido nunca del mármol en que él me esculpíó! ¡Me da una rabia no acordarme de nada antes de ahora! Pero dice el Padre que con sólo pensar una cosa así me condeno. ¡Más infierno que el que estoy pasando! Veremos si resulta cierto que de esta hecha... ¡Dios lo quiera!

¡Jesús y qué cosas! Si parece que fué ayer mismo cuando llaman a la puerta y se entra por el estudio adelante la buena señora aquella que venía a encargarme un Corazón de Jesús de tamaño natural para la capilla de las Reformistas. Y se me queda mirando y le dice a él: «Esta es la modelo; no cabe duda. ¿Qué ha hecho usted de la estatua, que no la veo? ¡La ha mandado usted a la Exposición!» Y él, que se pone todo colorado y que no sabe qué contestarle.

Aquella noche me lo contó todo. «Mira—me dijo—: hubo en tiempos otro desgraciado como yo, que se llamaba... ¡Señor, qué memoria la mía!, se llamaba... se llamaba... P... empieza con P, estoy segura... ¡Pigmalión! Eso es, Pigmalión. Y el tal Pigmalión, de esto hace ¡siglos!, modeló una estatua maravillosa, la estatua de Galatea. Tan hermosa era, que, aun sabiendo como sabía el barro de que estaba hecha, se enamoró de ella perdiéndamente su propio autor. Y tanto rogó a la diosa Venus, y tantos sacrificios le ofreció, que al cabo Galatea tornó carne mortal, y Pigmalión la hizo su mujer. Así has nacido tú: de un sueño mío. Una mañana, al despertar, estabas a mi lado. Yo me sentí el primer hombre del mundo.»

Esto es lo que no quiere oír el Padre. Bien sabe Dios que nunca se lo hubiera



ido a contar. Pero ¡a ver qué va a hacer una! Mucho te quiero y mucho tú eres mi sueño, y luego, que no has de salir, que no has de ver a nadie, ni asomarte a la terraza a tomar el aire, que no has de hablar con persona viva, que... ¡vamos, hombre!... ¿Y para eso me ha dado, no sólo este cuerpo juncal, como dice cuando habla como es debido, sino también ¡el espíritu!, como repite cuando le da por ponerse tonto y sublime?

Así que cuando la señora presidenta de las Damas Reformistas volvió por el estudio a ver qué tal marchaba el encargo del Corazón de Jesús, y me encontré sola y empezó a preguntarme qué me pasaba (que tenía yo aquel día los ojos como puños de la rabietta que estaba pasando), pues yo fui y le conté mi historia de pe a pa, así mismito. Y gracias a lo buena que es esa señora, pues me he hecho lo que se llama una mujer, y he aprendido la doctrina, que antes era una hereje, y me ha bautizado el Padre, y ha sido mi madrina la señora presidenta, y me han puesto Dalila, que es nombre de ópera; porque la señora presidenta ha sido antes del teatro. Y todo esto sin que él se entere, por más que digo yo que se tendrá que enterar, porque ahora están en que es menester que nos casemos. Y a mí eso me parece muy bien, porque, aunque paso lo mío con él, el caso es que le tengo ley, ¡jea!; porque, aunque el Padre no quiera, ¡le debo la vida!

Lo malo es que, como dice la señora presidenta, ¡estos artistas, estos artistas!... Pero Señor, ¿por qué no han de ser unos hombres como los demás?

Y digo yo que tiene razón. El Padre me ha dicho que a mí me toca traerle al buen camino. Yo estoy decidida a que vivamos como Dios manda.

¡...! Ahora sí que es. Oigo el pito. Pero, ¿cómo abro el balcón sin hacer ruido? ¡Ah, qué tonta! Avisaré por teléfono a la portería... ¡Portero! ¡Portero!... Soy yo, sí. ¡Oiga! ¡Hágame el favor de llamar al afilador que pasa ahora por la calle! ¡Sí, al afilador! ¡Por el hueco de la escalera le tiraré a usted unas tijeras! Cuando estén afiladas, me las manía usted por el montacargas. ¡Gracias!

¡Dios mío, que no se despierte todavía... ¡Ay!... ¡Vaya! ¡Me llama!... Ya me ha oído; qué fastidio. ¡Voy, voy!...

Pero ¡si sigue durmiendo! ¡Está soñando conmigo! ¡Y más guapo! Me da una lástima cortarle la melena...

Pero ¡no hay más remedio! Ahora soy su sueño. Tengo que ser su mujer, su señora y... dueña.

O. RIVAS CHERIF

Ilustraciones de ROBLEDANO.



BO-RRRA-CHIN Y SU SOMBRA



Bo-rrra-chín era un buen chico; pero tenía un defecto: le gustaba demasiado empinar el codo. Tan pronto como reunía cuatro cuartos se dedicaba a recorrer todas las tabernas de Pekín, hasta que pescaba una papalina de primera y el dueño del establecimiento le echaba a puntapiés. Entonces el infeliz iba a dormir la mona a una esquina.

Una noche en que se hallaba en este estado de borrachera vió de pronto ante él un gran resplandor, y en medio se le apareció un personaje deslumbrante, que tenía cuatro brazos y ocho pies, unos bigotes blancos y venerables que le caían hasta la cintura y una trenza que arrastraba por el suelo. Ante tales signos, Bo-rrra-chín comprendió que se hallaba en presencia del mismísimo Buda.

—Eres un granuja—declaró el dios, alzando sus cuatro manos con un gesto terrible—y te voy a castigar. Desde hoy te condeno a no poder abrir la boca sin correr los ojos.

Dicho esto, el dios golpeó el suelo con sus ocho pies, y desapareció como traidor por la tierra.

El asombro desprovino instantáneamente a Bo-rrra-chín, que se levantó meditando acerca de la condena que le había impuesto el dios Buda.

—Al fin y al cabo—acabó por pensar—, todo eso son tonterías. ¿Qué me puede importar tener los ojos cerrados cuando hablo o cuando bebo? Pero al día siguiente, al querer beber un vaso de su vino predilecto, como tenía los ojos cerrados, no notó que había caído una mosca dentro hasta que la tuvo en la boca; esto le molestó y le hizo reflexionar.

Lo que le ocurrió poco después fué bastante peor: había logrado reunir unas monedas y se disponía a ir a gastárselas a la taberna, cuando se encontró con un amigo, persona, como podrá verse, de hábitos poco recomendables. Este amigo conocía el castigo singular infligido por Buda a Bo-rrra-chín, y mientras el pobrecillo hablaba, como tenía los ojos cerrados, el otro aprovechó la ocasión para quitarle su dinero y echar a correr.

Esta vez Bo-rrra-chín empezó a desesperarse y a gemir, tirándose de la trenza y arañándose la roja nariz de borracho incorregible. En el mismo momento se elevó ante él una tufarada de humo, que le hizo estornudar; al disiparse, dejó ver a un sér fantástico

que no tenía mas que una pierna, un solo dedo en cada mano y era calvo y panzudo. Ante estos signos, Bo-rrra-chín reconoció al punto al demonio Ti-Ru-Lí.

—¿Te das cuenta ahora—preguntó el demonio con risa sarcástica—de los inconvenientes del regalo que te ha hecho mi enemigo personal Buda?

—¡Ay de mí!—gimió Bo-rrra-chín—. Ya lo creo que me doy cuenta.

—Pues bien; te voy a proponer un negocio estupendo. Véndeme tu sombra; yo te daré por ella veinte monedas de oro y además la adiestraré, enseñándola a servirte y a protegerte contra las emboscadas a que te ha expuesto el cruel Buda.

El negocio, aun viniendo de un demonio de mala fe, como era Ti-Ru-Lí, le pareció de perlas a nuestro borracho.

—¡Vengan los cuartos!—exclamó alegremente, tendiendo la mano—. En cuanto a ti, amiga sombra, ya te estás marchando con este buen señor, y a ver si aprovechas sus lecciones.

La sombra se fué dócilmente con Ti-Ru-Lí, y Bo-rrra-chín se marchó a beber, sin echarla de menos para nada.

A los tres días, habiéndose gastado las monedas en vino, Bo-rrra-chín se hallaba, según su costumbre, con sed y sin un cuarto, cuando vió llegar a su sombra con una bolsa en la mano.

—Mi amo—le dijo la sombra—, siguiendo los consejos de mi venerable maestro Ti-Ru-Lí, he cogido esta bolsa del bolsillo de un señor que pasaba. Como es muy difícil alcanzarme y completamente imposible prenderme, si quieres puedo repetir la faena.

Bo-rrra-chín vaciló dos segundos. Cuando tenía sed, es decir, cuando no estaba borracho, le ocurría a veces acordarse de ser honrado; pero los argumentos de su sombra le parecieron poderosos y se convenció en seguida.

Desde entonces su vida fué un dulce sonreír: un día, su sombra le traía dinero; otro, una alhaja; otro, un botón de coral cogido del gorro de algún mandarin. Y como Bo-rrra-chín no salía ya de la taberna mas que de noche, nadie notaba que su sombra no le acompañaba, según es costumbre tradicional en todos los países civilizados, y aun creo que en los otros también.

Pero una noche en que volvía a su do-

micilio tambaleándose de tal modo que había tenido que agarrarse a un farol, vió de pronto un resplandor—y eso que el farol estaba apagado—y se le apareció el dios Buda.

—Sois unos miserables ladrones tú y tu sombra—dijo el dios, y sus cuatro manos se agitaban amenazadoras, y sus venerables bigotes temblaban de indignación—. Y ya que tu sombra pertenece a mi enemigo Ti-Ru-Lí, te castigo a ti, condenándote a no poder andar mas que hacia atrás.

Y desapareció como la otra vez.

Bo-rrra-chín, que casi no se había enterado del discurso, quiso seguir andando; pero una fuerza invencible le impulsaba a ir hacia atrás, alejándole cada vez más de su casa.

—¡Pues vaya unas ocurrencias que tiene Buda!—pensó—. Y se sentó en el suelo, muy fastidiado.

Afortunadamente, acertó a pasar por allí su sombra, que volvía de su expedición cotidiana con los bolsillos repletos, como siempre. Le condujo a su casa, y le dijo:

—Más valdrá que no vuelvas a salir a la calle, porque si la gente ve que andas hacia atrás y, además, que no llevas sombra, puede que choque. Yo te traeré aquí, además de dinero y alhajas, cuantas botellas de vino puedas desear.

Así lo hicieron. A todo esto, y con tan estupenda ayuda, Bo-rrra-chín se volvió rico, tan rico, que su fortuna acabó por hacerse proverbial. Y el día en que murió el ministro de Hacienda, el emperador pensó en reemplazarlo por aquel Cresco chino.

—Por lo menos—pensó Su Majestad—, este hombre tan rico no sentirá tentaciones de saquear mis tesoros, como han hecho todos sus predecesores.

Y mandó una escolta de mayordomos imperiales para que trajesen a Bo-rrra-chín a palacio.

Nuestro hombre, encantado con tal honor, se olvidó de las recomendaciones de su sombra, y siguió a los mayordomos. Pero apenas estuvieron en la calle, éstos notaron que el nuevo ministro andaba hacia atrás como los cangrejos, y se quedaron aterrados.

Se pusieron a cuchichear entre sí; pero, ¿cuál no fué su asombro al notar que, además, Su Excelencia estaba privado de su sombra, a pesar de andar a pleno sol?



Sus gritos atrajeron medio Pekín, y todo el mundo, al enterarse de aquella maravilla, se puso a exclamar que era un milagro o una brujería. El desdichado Bo-rra-chín se hallaba en mala situación, cuando de pronto vió acudir a su sombra a todo correr, perseguida por una buena señora a quien acababa de robar su reloj de pulsera, y que agitaba desesperadamente su espanta moscas.

Al ver a su amo parado al sol y tan rodeado, la sombra se acercó y se tumbó respetuosamente a sus pies, como sombra bien educada que seguía siendo, a pesar de todo.

La buena señora, hallándose imposibilitada de prender a la ladrona, hizo tales aspavientos, que Bo-rra-chín hizo su entrada en palacio no ya con todos los honores y seguido por una escolta de mayordomos imperiales, sino entre dos municipales, que no por ser chi-

nos dejaban de ser notablemente brutos.

El emperador, enterado de estos acontecimientos, empezó por rascarse las narices con perplejidad. Luego declaró:

—Amigo Bo-rra-chín, mi ex futuro ministro de Hacienda, tú no tienes la culpa de tener una sombra tan poco formal y desprovista de sentido moral; pero como me veo en la imposibilidad de castigarla sin castigarte a ti, y como, por otra parte, ella ha de vivir mientras tú vivas, no tengo más remedio, aunque con harto sentimiento mío, que mandarte a la horca y matar dos pájaros de un tiro.

Al oír esta sentencia, y a pesar de la cortesía y amabilidad con que fué dicha, la roja nariz de nuestro borracho se alargó considerablemente y la de su sombra hizo otro tanto en seguida.

Pero en el momento en que los municipales se disponían a cumplir la orden

del soberano, un resplandor deslumbrante iluminó la estancia, y el dios Buda apareció ante los asistentes, maravillados.

—Este granuja — declaró el dios — ha sido bastante castigado por su borrachera y holgazanería con el susto que acabas de darle, emperador; por lo tanto, ordeno y mando que se le ponga en libertad y que prohibas a todos los taberneros de la ciudad despacharle una sola gota de vino, bajo pena de muerte; es el único medio de corregir su borrachera, puesto que no parece que mis castigos hayan producido mucho efecto. En cuanto a su sombra...

En aquel instante preciso la sala se llenó de una humareda que hizo estornudar a todo el mundo, y el demonio Ti-Ru-Lí hizo su aparición.

—... En cuanto a su sombra—interrumpió con su terrible risa sarcástica—, me

pertenece, y, por lo tanto, me la llevo. Desapareció el resplandor, desapareció el humo y desaparecieron a la vez el dios Buda, el demonio Ti-Ru-Lí y la sombra de Bo-rra-chín.

El infeliz se marchó cabizbajo; desde entonces, hubo de vivir sin sombra, lo cual le ponía un poco en ridículo a los ojos de sus compatriotas, pues la sombra es cosa que aun a los pobres dicen que no les suele faltar.

Pero, al fin y al cabo, como se pasaba los días trabajando y las noches durmiendo, acabó por acostumbrarse muy bien a la ausencia de la que fué su fiel compañera, y hasta por preguntarse para qué les sirven a los hombres sus sombras... cuando no están aleccionadas por el demonio Ti-Ru-Lí.

Magda DONATO

Dibujos de BARTOLOZZI.

VEJECES DE ESTÍO

Un veraneo de Iriarte

Don Tomás de Iriarte, el erudito autor del poema de *La música*, y magistral cincelador de las *Fábulas literarias*, por el grave achaque de *gota* que padece no puede sufrir el calor de la corte, y, aconsejado por los médicos que le asisten, decide hacer un viaje a tierras de la Alcarria.

La villa de Gascuña, asentada en el corazón de la campiña, es el lugar donde el docto D. Tomás espera que ha de tener alivio su dolencia.

El domingo 22 de julio de 1781, a las cuatro de la mañana, salía por la Puerta de Alcalá, caballero en una oronda mula, prestada sin duda por los reverendos padres de Atocha, por cuanto su merced no tiene motivos de queja, ni se duele que sea de aquella falsa condición que en las de alquiler parece ser uso. Acompañábale un mozo de su ordinario servicio, tan simple y fiel que parece venir por línea directa de la misma rama de aquel espejo de escuderos que fué en el siglo Sancho Panza.

Iriarte, que es hombre de gusto delicado, camina sin hablar palabra, por no sufrir las impertinencias del criado, y así va imbuido en sus pensamientos, ya que la aridez del paisaje no le da motivo para que se le recreen los sentidos.

Llegado a Vicálvaro, tópanse con dos como bachilleres por Alcalá, que caminan en el humilde coche de San Francisco; saludanse todos, y como parecen mozos de buen ingenio, acorta D. Tomás el paso de la cabalgadura, por el gusto de ir todos juntos.

En las primeras palabras danse razón de sus personas: el uno no es estudiante, sino bajonista de la Santa Catedral de Toledo, y conoce el poema músico de Iriarte, con cuyo motivo ya hubo conversación hasta dar en la ciudad doctora; despidense allí todos, y D. Tomás, que no conoce Alcalá de Henares, determina quedarse en ella hasta el día siguiente.

Visita el Colegio Mayor, la Universidad y el Archivo, quedando admirado de todo, si no es de dos curiosidades bibliográficas que allí tienen como reliquias, y a él le hacen reír de puro grotesco: una es el *Atlas*, de Sansón, y la otra, cierta edición inglesa del *Quijote*. También hace sátira de que para ochocientos vecinos escasos haya treinta y cuatro conventos largos.

Lunes, de mañana, prosigue el viaje, y pasa la barca de Santorcaz sobre el Henares, cuyo barquero, por lo negro y desapacible, parecele un vivo traslado del mitológico Caronte.

Tras de una jornada de cuatro leguas, que a su merced se le antojan seis bien crecidas, llegan amo y mozo a Aranzueque. Apéase en el mesón, que es razonable, y en lo que se hace hora de comer, visita la iglesia, y advirtiéndole que lo único notable que hay en ella es el órgano, entretiénese en tañerlo hasta que oye el toque de Ave-María. Como el hombre es tan buen concertista como exquisito literato, ha tenido por auditorio al cura (un hombrachón tal alto y fornido que puede pasar por gigante y ganar dinero si se exhibe de feria en feria) y el sacristán, que es en una pieza mayordomo de los santos, maestro de escuela y secretario del Ayuntamiento.

Llegada la hora de sentarse a la mesa, hubiérase quedado sin comer (tanta era la mezquindad del huésped), si no fuera por unos succulentos peces que el sacristán le envió como agasajo por el buen rato que le hiciera pasar admirando su destreza y la buena música que se toca en Madrid.

Por la tarde, cuando el airecillo de la sierra ha vencido los rigores del sol, despidese de aquellas gentes que tan bien le trataron, si no es el posadero, y prosigue hasta Tendilla, lugar frondoso y bello; de allí, como es corta la distancia y aún hay luz, sigue hasta el monasterio de Nuestra Señora de la Salceda, en cuya hospedería se resaca con usura del ayuntamiento de Aranzueque. Tan a cuerpo de rey le tratan los benditos frailes, que de buena gana hubiérase quedado con ellos por algún tiempo.

En aquel apartado asilo hallase con un amigo que, por malbaratador de su hacienda, está allí como recluso, empleando el ocio en hacer disciplinas para los frailes; y como dice estar mal con ellos, aderezalas lo más recias que puede.

En amaneciendo Dios, torna a cabalgar, y haciendo jornadas cortas, tomando como puntos de descanso para comer y ses-tear Alhóndiga, Auñón, Sacedón y Poyos, prosigue por Villalba y Tinajas, y sonando las oraciones llega al lugar de Gascuña.

Lindo sitio es esta villa para pasar el verano y conseguir un poco de la salud que tanta falta le hace a su merced.

Su mayor riqueza son las huertas, ópinas de frutos, y magníficos montes de caza menor, con el añadido de algún lobo para los aficionados a la montería.

Aposéntase su merced en casa del párroco, hombre cuarentón de buen ingenio, con el que pasa muy buenos ratos. Tie-

nen polémicas literarias, en las que suele mostrar su opinión la hermana del sacerdote, fémína muy linda que discurre con extraordinaria soltura.

Tal es la vida que lleva, que ni aun se acuerda de que tuvo gota, ni de que se proponía hacer tal número de fábulas que, cuando volviérase a Madrid, habría de pagar un arriero que se las trajese.

Por las noches hay su poco de bulla y bailoteo, a que acude lo mejorcito del lugar.

Todavía no habían entrado allá los usos de la corte, y así se bañaban las segundillas por parejas sueltas. Don Tomás,

que es gran bailarín, ha introducido el bailarlas entre ocho; y todos hanse dado tan buena mafia para aprender, que pueden pasar plaza de maestros.

Dos cosas tan sólo no puede hacer allí: tocar el órgano como en la iglesia de Aranzueque, porque el de esta parroquia parece el fuelle de una herrería de El Rastro, ni hacer sátiras contra don Ramón de la Cruz, a quien se tiene particular devoción, porque su madre era hija de aquella hidalga villa de Gascuña, que es una perla del tesoro de la Alcarria...

Diego SAN JOSE

IMPRESIONES DE UN LECTOR

Un libro de Augusto Vivero

QUÉ ira retrospectiva animaba a usted al emprender su obra *El extravío sexual de los Bonaparte*, amigo Vivero? Diríase que es una diatriba rezagada de 1808. Recuerda también las iracundias desatadas contra Napoleón el Pequeño y Eugenia de Montijo, en las cuales acercó sus bríos Enrique Rochefort. Claro está que, desde el punto de vista histórico, esta saña quitaría a la obra su cualidad fundamental: la serenidad. Pero Vivero no ha querido escribir propiamente una historia, sino un *pamphlet*. Y eso queda plenamente conseguido.

Mas se me ocurre una pregunta: ¿Qué dinastía se ha salvado de ese estigma, cuando los síntomas de degeneración y anormalidad han sido analizados, reaccionando contra la absurda glorificación de los historiadores áulicos y cortesanos? No es necesario citar ejemplos, porque no terminariamos nunca. ¿Quién no recuerda los estudios interesantísimos del doctor Galippe sobre Felipe V y sus sucesores, cuya veñanía osciló entre la hipocondría de Fernando VI y la criminalidad de Fernando VII? ¿No han sido investigadas médicamente las decadencias de otras Casas que han reinado hasta ayer, como los Romanoff y los Hohenzollern?

Pero el libro de Augusto Vivero es una acometida. Si los Bonaparte reinasen, nadie podría discutirle eficacia como tea, como excitador revolucionario. Los ataques contra Madame Leticia son, en realidad, reproducciones históricas de los que removieron el odio popular contra María Antonieta, la pobre Madame Veto (alusiones a la duquesa de Polignac, a la princesa de Lamballe, al duque de Lauzun, al sueco barón Fersen); o de los que en nuestros tiempos revolucionarios se esgrimieron contra la Reina

Gobernadora y después contra su hija.

El caso de Bonaparte es otro. Para los efectos de su fuerza hereditaria, sin duda le convendría más, en efecto, llevar el nombre de Paoli que el del pobre diablo Carlos Bonaparte... Pascual Paoli tuvo una innegable grandeza. Y cuanto más nebuloso fuera el origen de Napoleón, más vivo sería el contraste con sus destinos; y ese contraste es el valor histórico primordial de su figura, producto imprevisto de la Revolución.

En cuanto a la aplicación de un criterio moral a esa figura, equivaldría a imponernos, *a priori*, una paradoja. Pero no creo que la moralidad napoleónica sea inferior a la de casi todos los demás guerreros; la guerra de que acabamos de salir nos ha suministrado en ese punto datos de terrible y definitiva elocuencia. Acaso quedaban en Bonaparte mayores escrúpulos que en otros héroes, a juzgar por el empeño que tuvo en excusar la barbarie del fusilamiento de los mamelucos, o la ejecución del duque de Enghien, violencia que se correspondía, por lo demás, con la desleal insidia de aquellos principales emigrados que enviaba asesinos contra él, como Cadoudal, Limoulan o Saint-Réjan.

Por lo demás, sus adversarios no valían más que él, ciertamente; recuérdese la fría crueldad de Nelson y de Blücher, la ausencia completa de sentido de bien y mal en Wellington. Sólo un nombre se salva: el de Collingwood, aquel estoico que tan vivamente nos pinta Vigny en sus cuadros de *Servitudo et grandeur militaire*.

La categoría psicológica de Napoleón, para un examen frío, «positivista», me parece definitivamente plasmada en las primeras páginas de *Le Nouveau Régime*, de Taine. En cuanto a su innegable

grandeza trágica, acaso sea cierto que a veces pareciese más el actor de su propia tragedia que el verdadero protagonista; recuérdese la acusación de histrionismo lanzada contra él por Vigny y por Carlyle. Pero ese histrionismo le es común con muchos de sus congéneres en la historia; ¿no ha tenido Guillermo II un afán exhibicionista que recordaba el de Nerón? Y si la enfática y carnavalesca transfiguración de la corte napoleónica en los cuadros de David nos parece ahora un avance de la que será luego caricatura del segundo imperio en las pinturas de Offembach, recordemos que el Antiguo Régimen incubió ya esa imitación servil de la pompa imperial romana, muy poco adecuada a la peluca de los Luises.

Alguno de los vicios achacados a Napoleón por sus detractores tomó cuerpo, en boca de sus numerosos enemigos. Recuérdese las injustas acusaciones de borracho y tuerto contra el rey José, en boca de los fernandistas españoles. Por otra parte, alguno de esos vicios le sería común a Bonaparte con otros grandes guerreros, como Temístocles y Milciades, Alejandro, César, Aníbal, Abderramán III, Federico II... Pero esto cuadra poco con la psicología especial de Napoleón, sobre todo en sus tiempos imperiales, a pesar de que los dicterios relativos a Roustan recuerden el tanto burlesco de los legionarios de César, alusivo a Nicomedes.

Lo que sí es una cualidad singular y paradójica en Napoleón es la persistencia de su estirpe italiana por encima de su naturaleza postiza de francés. Toda su vida fué la de un *condottiere*. Es verdad que el impulso de su energía abrió para él porvenir las puertas al romanticismo; es verdad que difundió con el vuelo de sus águilas el espíritu revolucionario; pero clírase también que su alma de hombre del Renacimiento encontró en la tradición neoclásica francesa un indispensable elemento complementario para la erupción que provocó a través del mundo. Fué siempre más italiano que francés, y hasta parece que la inscripcón de su tumba en los Inválidos, extraída de sus palabras, es la expresión del cariño profesado a Francia por un extranjero: «Quiero que mis restos descanzen en medio de ese pueblo francés que he amado tanto.» En ese punto tuvo un sucesor: Stendhal, en quien la admiración napoleónica coincide con la superposición de un temperamento de italiano sobre el alma nativa de francés.

Los que le rodearon fueron también, casi todos, inferiores a él. Sus hermanos, en general, no tuvieron, a cambio de la amoralidad de su tiempo, la grandeza y la irradiación avasalladora del gran caudillo. Pero es justo hacer una excepción, y ésta es precisamente la de José, espíritu recto y bueno, que jamás mereció personalmente los dicterios a que le expuso su extraña suerte.

Quien recuerde la nobleza de las cartas que escribía a su imperial hermano desde Madrid, con una rara comprensión del problema de España, mientras el rey Fernando felicitaba a Napoleón por sus victorias sobre los españoles, comprenderá el doloroso equívoco que puso a España en el trance de optar entre dos

hombres de tan diversa naturaleza moral. ¿Y cómo olvidar que José fué el iniciador de nuestras modernas libertades políticas y el autor de nuestra primera Constitución?

Nunca conservó ningún resquemor contra los españoles en su dilatada vida, la más larga de la familia. Recuerdo de mi niñez haber oído contar a uno de mis profesores, viejo y digno señor, que en un viaje por los Estados Unidos con unos compañeros, viéndose obligados a pernoctar en cierto pueblecito, a causa de una avería del vehículo, les ofreció su quinta un señor francés que se había enterado del contratiempo ocurrido a unos españoles; y les habló con palabras llenas de afable dulzura y cariñoso recuerdo. Por fin, se les dió a conocer: era José Bonaparte.

No hay que decir que el libro de Vivaro se lee con interés grandísimo; no creo que falte nada en esa recopilación de todos los odios que atrajo sobre sí la altura de la imperial cabeza del gran advenedizo, símbolo de su tiempo. Y la virulencia del estilo es muy propia del asunto: escarba en la carne viva, torna-se hierro candente en las entrañas de las víctimas. La *signora* Leticia, en especial, es presentada en una plasmación viviente y ruda. Esperamos con avidez los dos

tomos restantes, en que acompañaremos al héroe hasta el Capitolio para dejarle luego en la gran roca de expiación, que fué su mayor gloria.

Gabriel ALOMAR

LECTURAS

Luis Antón del Olmet, incansable, acaba de publicar una novela de sátira política, titulada *Gobernación, Sánchez Mínguez*, con tipos originalísimos y sumamente interesantes.

El número de julio de *La Pluma* inserta la continuación de *Los cuernos de Don Friolera*, la admirable farsa de Valle-Inclán.

Pedro de Répide, con unas valentísimas *Estampas de Madrid*, y Ramón Gómez de la Serna, completan el número, avalorado por magnífica información literaria extranjera.

El Sr. Blanco-Fombona ha publicado *Cartas de Bolívar* (1823-1824-1825).

El libro contiene varias interesantes notas del Sr. Blanco-Fombona y un apéndice con cartas de 1801 a 1822.

PUBLICACIONES ATENEA S. E.

APARTADO: 644 MADRID

ACABAMOS DE PONER A LA VENTA LOS VOLÚMENES:

	Plas.
30 Eugenio d'Ors: <i>El Valle de Josafat</i> ...	336 págs. 4,50
31 G. de la Serna: <i>El doctor Inverosímil</i> ...	328 — 5,00
32 Martí: <i>Pensamientos</i> ...	128 — 1,90
33 Bolívar: <i>Pensamientos</i> ...	120 — 1,90
34 Gabriel Miró: <i>El ángel, el molino, el caracol del Faro</i> ...	256 — 5,00
35 Gabriel Miró: <i>Nuestro Padre San Daniel</i> ...	352 — 5,50
36 Rudyard Kipling: <i>Kim</i> ...	460 — 7,00
37 Gabriel Miró: <i>Figuras de la Pasión, I.</i> ...	240 — 6,00
38 Gabriel Miró: <i>Figuras de la Pasión, II.</i> ...	320 — 6,00
39 Rudyard Kipling: <i>La literatura fantástica</i> ...	340 — 5,50
40 R. Turró: <i>Orígenes del conocimiento</i> ...	368 — 7,50

Llevamos publicados 40 títulos de: CIENCIAS, ENSAYOS, CRÍTICA, TEATRO, NOVELA, CUENTOS, BIOGRAFÍA, VIAJES, etc. Enviamos contra reembolso cualquiera de los títulos publicados a quien nos lo pida, indicándonos claramente su nombre, su dirección y el pueblo y provincia de su residencia. Táchense los títulos de los volúmenes que se deseen recibir. Lugar donde el LECTOR consignará claramente su nombre y dirección.

Don

Calle de núm.

Pueblo Provincia

(LOS LUNES DE EL IMPARCIAL)

A T E N E A Apartado 644 M A D R I D
De venta en las buenas librerías de España y América, en las librerías de las estaciones, en la SOCIEDAD G. E. DE LIBRERÍA y en nuestros Almacenes de la calle de CAMPOMANES, 8. MADRID

Pablo Parellada, el celebrado autor de *Los Asistentes*, de *El Regimiento de Lujián* y de otras obras tan ingeniosas como divertidas, ofrece en un nuevo volumen una preciosa selección de sus obras cómicas, representables: diálogos, monólogos, sainetes y entremeses.

Las anécdotas, curiosidades y demás trabajos que referentes al teatro hay, además, en este libro, regocijarán al lector hoy, y mañana se buscarán para hacer la historia del histrionismo y la psicología del actor.

Continuando la serie de los bellos tomos de su biblioteca selectísima, tan deliciosa por la amena lectura como por el primor de su presentación, la revista *La Pluma* ha publicado recientemente las dos famosas novelas *Silvia*, de Gerardo de Nerval, y *Lucinda*, de Federico Schlegel.

En la Colección *Novela para todos*, de «Mundo Latino», se acaba de publicar *Inés de las Sierras*, de Carlos Nodier, y *Los amores de Aramis*, de Andrien Guignery.

La Casa Boissannas, de Ginebra, en sus Ediciones de Arte, ha publicado recientemente *L'image de la Grèce* y *La campagne de Macédoine*. El primero de los álbumes lleva prólogo de V. Baudouin y el segundo del coronel F. Feyler. Ambos contienen hermosísimas fotografías en rotograbado.

Hemos recibido *Derecho hipotecario*, por D. Juan y D. Joaquín Muñoz Casillas.

«Mundo Latino» ha comenzado la publicación de una interesante serie de novelas de aventuras. Los dos primeros tomos de la nueva edición de esta importante Casa editorial son *Joe Rollon* (otro hombre invisible), de Edmond Cazal, y *El dueño del navío*, de Luis Chadourne.

Acaba de ponerse a la venta otra nueva novela de José María Carretero, que lleva por título *El décimo pecado*, y que en estilo y en méritos se asemeja a las últimamente publicadas por este fecundo escritor.

Novedades de julio de MUNDO LATINO

	Pesetas.
Spitteler.—IMAGO, novela, premio Nobel.	5
Verlaine.—LUISA LECKERG, 3.º de obras completas.	4
«Caballero Audaz».—EL DIVINO PECADO, novelas.	5
José Francés.—LA ESTATUA DE CARNE, novelas.	4,50
Andicoberry.—TARTARIN EN MADRID, novela.	4
Guido da Verona.—LA QUE NO SE DEBE AMAR, novela.	

Novelas de aventuras
Edmond Cazal.—OTRO HOMBRE INVISIBLE, novela. 3
Luis Chadourne.—EL DUEÑO DEL NAVÍO, novela. 3

LA NOVELA UNIVERSAL, 1 pta. 160 páginas. Balzac, EL MUERTO VIVIENTE. A. Musset, MIMI PINZON. Carlos Nodier, INES DE LA SIERRA. A. Grignery, LOS AMORES DE ARAMIS. Sorprendente colección por su presentación, por lo escogido y ameno de su lectura. Se publicarán varios tomos mensuales.—Librerías, estaciones y Yagües, Caballero de Gracia, 28. Envío reembolso.

CANSECOL

Es el mejor, más poderoso e inofensivo antineurálgico de todos los conocidos

Con este preparado desaparecen radicalmente los dolores de cabeza, oídos, muelas y menstruales

Su uso constante no da lugar, como el de otros similares, a trastornos gástricos ni ataques al corazón

De venta en todas las farmacias y droguerías. -- Precio: Un sobre con dos dosis, 50 céntimos --

CALLOS

Las terribles molestias de los pies, callos y durezas, desaparecen completamente usando sólo tres días el patentado

UNGÜENTO MÁGICO

No falla en un solo caso. Pregunte a cuantos le han usado y oirá usted maravillas.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50. - Por correo, 2 ptas.

FARMACIA PUERTO

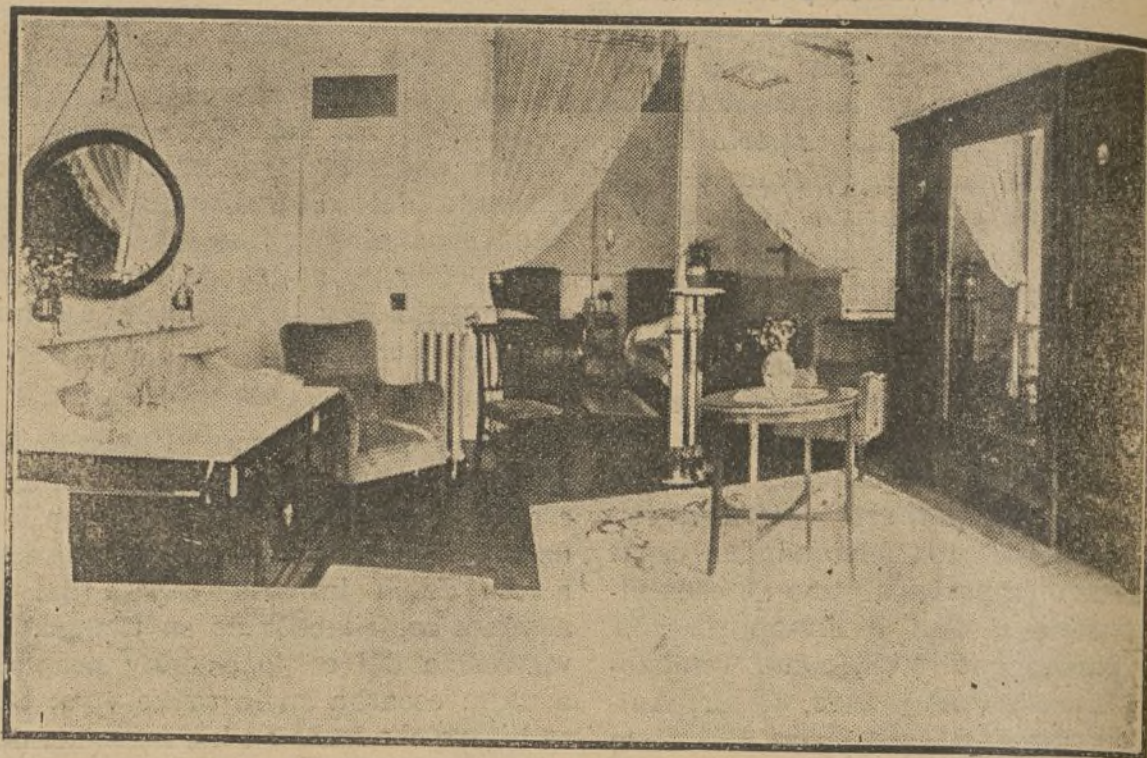
PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID



GRAN HOTEL PARÍS

OVIEDO

Asturias :- España.



Habitación del Hotel de París.

Hotel montado con todas las exigencias modernas de lujo, higiene y confort, capaz para 100 habitaciones.

Las grandes reformas llevadas a cabo le permiten competir con los primeros del Extranjero.

Dormitorios de lujo inusitado. — *Brasserie* en el Hotel. — Orquesta en el espléndido *Hall*. — Salas de baño. — Teléfonos urbanos e interurbanos. — Salas de lectura. — Biblioteca. — Cocina de primer orden. — Servicio completo de automóviles.

Pensión completa desde 12.50 pesetas.

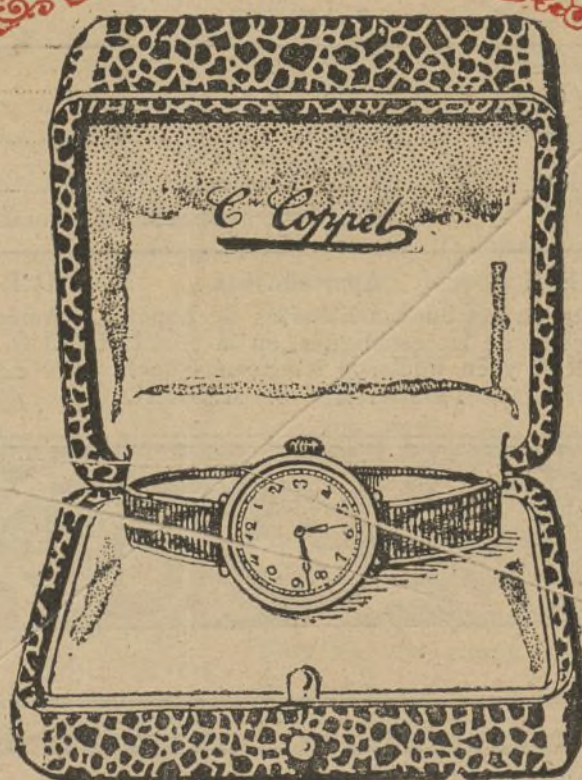
DIRECTOR PROPIETARIO:

= D. Manuel del Valle Díaz. =

FÁBRICA DE
RELOJES DE

CARLOS COPPEL

FUENCARRAL 27
MADRID



Nº 1921

Reloj-pulsera de molré con
broche a presión, en caja de Oroxif

Oro chapeado: 60 Pts

El mismo en oro de ley: 100 Pts.

Exposición
permanente
de Relojes
de Pared

Remesas
a provincias
CERTIFICADO DE GARANTIA
CON CADA RELOJ.
Catálogo gratis